



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPELEl Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 20 DE MAYO DE 2018

Olga de León / Carlos Alejandro

Héroes de sueños cancelados a fuego

LA TIERRA QUE ME HABITA
OLGA DE LEÓN*(A la memoria de Dolores de León Garza, mujer excepcional)*

Tiene el color del cobre y el del cenizo de la hierba santa. En otras partes es negra como el carbón que aún no se quema, o el negro de una noche sin estrellas. A veces son peñascos de terrones secos, como piel agrietada de manos y pies de sus gentes del campo. También se la encuentra verde y húmeda: cubierta de pasto o yerba. O, arenisca como las orillas de las playas que aún son naturales, no hechizas ni prefabricadas para regocijo de turistas y ricos que las visitan, más seguido que los verdaderos dueños de tales paraísos. La hermosa tierra que me habita es mi tierra y mi cielo, y mi aire y viento, mis ríos y mares: mi todo y mi nada. ...y se cuele como el viento, entre los dedos de mis manos mexicanas.

Soñaba despierta, y soñaba que no soñaba, sino que vivía un sueño: el mismo que sueño toda mi vida. Así durmiera de noche o de día: soñaba despierta... soñaba dormida.

La tierra que me habita es una tierra buena, es tierra de trabajo, de ilusiones y esperanzas llena. Es tierra de masetas y tierra de siembra en campo abierto. Es agua y es fuego. Es cielo y estrellas. Es ríos, océanos y mares profundos plagados de corales y peces enormes y diminutos. Es flora y fauna, sin horizontes ni números o cantidades que puedan contarse; es infinitamente noble, próspera y diversa. Es tierra añorada, tierra que se extraña... Y, para su desgracia, la tierra que me habita es tierra ambicionada por hombres sin escrúpulos, sin alas ni buenas miradas.

De ella salieron frutos miles de letras, pensamientos profundos, filosofías ancestrales y ciencias de la naturaleza y la contemplación de los cielos, las estrellas y sus movimientos. La tierra que me habita está sobre mi cabeza, en mi cerebro, con mi corazón palpita y mis manos la cuidan. Tengo los pies hundidos en sus maravillas escondidas, en su fortaleza indígena: coraza de dioses, dichos y decires de sus gentes pobres, las de ropas sencillas y corazones enormes.

La tierra que me habita nació de la mazorca, fecundadas sus raíces en millones de años de historia. La tierra que me habita me regala cada mañana un sol maravilloso y una luna cuya faz cambia cada semana. Mientras todos duermen, ella se peina en el río y enamora a un toro, o me hechiza y soy sirena cuando hundo mis pies en la arena, a la orilla de mares de azules diversos y plateada espuma.

La tierra que me habita ha dado mujeres y hombres de grandeza sin igual. Pero lo que más ha dado es amor y alegría en las risas de sus niños y en los ojos adolescentes de las parejas enamoradas. Lástima que la tierra que me habita a pesar de haber dado miles de mujeres y



hombres de gran talla, sin embargo, uno que pueda ser "hombre de mil batallas": valiente y humilde; sensato y loco que todo lo equilibre y todo lo cambie a la vez, ese hombre no ha llegado a nacer.

Hace falta algo más que un torbellino, es necesario que tiemble la tierra, no por efecto de un sismo; sí, por cadenas que se rompen para ir en pos de la justicia y la verdad descarnada, tras millones de atropellos a fustigados hermanos, que apenas si gozan de caminar descalzos sobre la tierra que ya no les pertenece. Porque se las han arrebatado los malditos saqueadores de esta otra hora gran nación. Esos que la han "modernizado" para jugar en ella a los dados cargados de mentiras y corrupción: "libre mercado".

La tierra que me habita clama justicia e implora al cielo por sus hijos muertos, por el abandono de sus tierras, por el trabajo que les arrebató el sueño, y les impone jornadas que los transforman en esclavos de la noche a la mañana. Sus esperanzas envejecen en brazos de Morfeo, mientras los más ricos de la tierra que me habita, son cada día diabólicamente más ambiciosos: ahora se disfrazan de santos, e invocan a sus dioses para que los cuide de cualquier arrebato o tormenta en medio del desierto, como que sus almas son huérfanas de sentimientos.

A veces cuando duermo, en las noches de invierno, primavera o verano, un aire otoñal se mete a mi cuarto y me refresca la memoria, para que nunca me

olvide de los principios que me forjaron, con alegrías y tristezas, con pequeños triunfos y varios tropiezos. Y entretanto, el día que mudará en luz de luna y traerá en sus entrañas el cambio anhelado, está por arribar: los sueños alimentan mi espíritu.

Y esta tierra que habito y me habita por dentro y por fuera, de pies a cabeza y del cielo a su esencia, tiene alma de niño y espíritu ancestral.

UN HOMENAJE EJEMPLAR
CARLOS ALEJANDRO

Supe de ello cuando recibí de mi secretaria una petición de la Coordinación de Peleas de la Universidad para realizar comentarios al peritaje oficial, ordenado por el juez, en el asunto del Profesor Mario Alberto Treviño. Así es que busqué inmediatamente, asombrado por lo que estaba descubriendo, a mi Director de Asuntos de Pelea, pero aún no había llegado él a su oficina. Esperé treinta minutos hasta que lo vi pasar por el pasillo. Le pregunté sobre el tema.

Como él tenía otra entrega que realizar el viernes, quedé en tenerme lista una respuesta antes, para el jueves, a pesar de lo enfermo que se encontraba: caminaba cojeando y apenas podía respirar. Le pregunté si necesitaba algo de la farmacia y envié al chofer de la escuela por algunos medicamentos. Ese día, decidí no salir a la calle para fumar, en ningún momento, y prometí dejar el cigarro.

Se había reencontrado con un amigo

de infancia durante el fin de semana. Tomaron tanto alcohol durante la fiesta que duró sábado y domingo, y comieron tanta carne asada, que le volvió el problema con el ácido úrico, en solo dos días. Por el viento frío de la noche combinado con el calor del asador, se resfrió. Por eso, el chofer fue a conseguirle unas pastillas fabricadas mediante concentrados de rábano, plátano y ajo, y algo de vitamina C, esperando que ese recurso, más bien preventivo, surtiera algún efecto positivo a tales alturas del malestar.

Pero de nada sirvió. La enfermedad siguió su consecuente desenlace, no obstante la dieta a base de papa y del buen abrigo y la regulación de la temperatura en la Dirección de la facultad. El Director de Asuntos de Pelea comentó que se arrepentía de haber pasado los dos días de fiesta cantando a grito abierto, canciones de música tipo vallenato. Esa era la razón por la que había terminado afónico.

Lo que tampoco se perdonaría nunca serían las fechorías que le preparó al Profesor Mario Alberto Treviño: inventarle faltas injustificadas, bajarle los promedios de las evaluaciones que los alumnos hacían de sus clases y obligarlo a reponer enseñanza en días de asueto. Todo esto lo maquinó, por supuesto, sin haberlo consultado conmigo, ni con nadie más en la universidad. Simplemente, un día: sorprendió al Profesor Treviño con sus datos falsos para justificarle el despido.

A mí me dijo: "director Robles: nuestros sistemas arrojan lo que hemos reportado puntualmente sobre el comportamiento del Profesor Mario Alberto, y no podemos tolerar tal conducta. Me tocó ver su partida con un nudo en la garganta, porque yo apreciaba al maestro, quien ya estaba viejo.

El asunto, como suele suceder en muchos de estos casos, terminó por revelar su propia verdad. El Director de Asuntos de Peleas había falsificado firmas y todo lo que necesitó para despedirlo. Tras la investigación de rutina, el juez, luego del pleito, ordenaría a los pocos meses que se reinstalara en su cátedra al profesor Treviño; pero él ya no quiso regresar a trabajar con nosotros: encontró empleo en otra universidad, donde terminó siendo más apreciado.

El desenlace de la enfermedad del Director de Peleas fue la siguiente: un ácido úrico incurable y una afonía psicosomática de por vida. Ya no quisimos proceder como se debía en estos casos; pero a nuestro director de asuntos de pelea se le rebajó al puesto de sub-subdirector. Ahora llega a horas muy tempranas buscando que nadie lo note, y retirándose diariamente muy tarde y bajo las mismas condiciones.

También ordenamos la elaboración de un busto del profesor Mario Alberto Treviño, el cual colocamos a la entrada de la biblioteca, la que a partir de entonces, llevaría su nombre, todo para ayudar a quitarle el mal sabor de boca que pasó al final de su carrera en nuestra institución.



Jean-Pierre Rampal

Jean-Pierre Rampal nació el 7 de enero de 1922, en Marsella, Francia. Su padre, Joseph Rampal, era primer flautista en la Sinfónica y profesor en el Conservatorio, y de él recibió sus primeras lecciones de música a los 12 años.

Cuentan sus biógrafos que a los 16 años dio su primer recital como flautista y obtuvo su primer premio. Pero sería hasta mucho después que Rampal, ya comenzados sus estudios de Medicina, decidió seguir la carrera artística.

Cursaba el tercer año en la Escuela de Medicina cuando las fuerzas de ocupación nazi le enviaron a realizar trabajos obligatorios a Alemania, pero en vez de reportarse al servicio, pasó a la clandestinidad y huyó a París.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, Rampal fue invitado a participar como solista en un concierto de flauta junto con la Ópera de París, presentación que lo catapultó a la fama.

Los 10 años siguientes, Jean-Pierre se dedicó a ser intérprete solista y fue cuando decidió brindar una serie de conciertos empezando en su natal Francia, para después trasladarse a Suiza, Austria, Italia, España y los Países Bajos, al lado de su inseparable compañero, el pianista Robert Veyron-Lacroix, a quien conoció en 1946.

En 1955 se convirtió en el primer flautista de la Ópera de París y luego desarrolló sus actividades como solista e intérprete de música de cámara. Fundó el Conjunto Barroco de París y el Quinteto de Vientos Francés.

Para los años 60, Rampal era considerado el más virtuoso flautista internacional, pues trabajó con las mejores orquestas del mundo en ese tiempo, pero siguió reviviendo la música, sobre todo barroca, como lo había venido haciendo desde 1945.

Hasta finales de los 80 gozó de mucha fama, sobre todo en América y Japón, lo que le valió que se instituyera el Concurso de Flauta Jean-Pierre Rampal, que desde ese año se efectúa anualmente premiando a los mejores flautistas del mundo.

Fue nombrado profesor del Conservatorio de París en 1989 y durante los siguientes veranos ofreció cursos en la Academia Internacional de Niza. Colaboró con otros artistas como Isaac Stern, Yehudi Menuhin y Mstislav Rostropóvich, en esta época se atrevió a dirigir algunas importantes orquestas europeas.

Se puede decir que grabó prácticamente todas las obras importantes para este instrumento. Además incursionó en géneros como el jazz, el folclore, la música popular y la oriental.

Compositores como Jolivet, Francaix, Martinon, Poulenc y Boulez le dedicaron partituras, y como muestra de ello, en 1991 estrenó el Concierto para flauta escrito especialmente para él por Krzysztof Penderecki.

En 1999 entró por última vez al estudio de grabación y fue para hacer un disco de tríos y cuartetos con el trío Pasquier y acompañado por el flautista Claudi Arimany.

ad pēdem literae

"No creas conveniente actuar ocultando pruebas, pues las pruebas terminan por salir a la luz."

Bertrand Russell

Letras de
buen humor

"Un síntoma de que te acercas a una crisis nerviosa es creer que tu trabajo es tremendamente importante."

Bertrand Russell

Joana Bonet

Vicente Verdú: Azul y menta

El 25 de noviembre de 2016 acudí a la inauguración de una muestra de los cuadros de Vicente Verdú (Elche, 1942), en Madrid; "Interiores y pormenores" se titulaba. Al preguntarle cómo estaba, me apartó discretamente a un lado y con la voz, pero sobre todo con la mirada, me dijo: "me estoy muriendo". Le habían detectado un cáncer. Metástasis. El terror a que se le quebraran los huesos. No sucedió. La enfermedad se convirtió en experiencia literaria. En una medicina. "Es una novedad muy atractiva que te digan que te estás muriendo, y tuve interés en contarlo", confiesa Vicente. Aquella exposición marcó un antes y un después: "no vendí ni un cuadro". Coincidió con la quiebra del tiempo: oncólogos, pruebas, Tacs. Escapó unos días a Ámsterdam, donde su amigo Miguel Ibáñez lo hospedó en un invernadero. Y empezó a escribir un poema diario. Hoy es un libro, "La muerte, el amor y la menta" (Bartleby Editores). Hay versos así: "no he conocido un escritor cabal/ que no haya pensado en morir antes de hora", "páginas escuetas, veladuras/de un cáncer de pulmón/(el más elegante del catálogo)".

Mantuvimos varios encuentros antes de la entrevista en su escritorio. En el primero, tras unas cuantas sesiones de quimio, me dijo: "he estado jodidísimo, deseaba no estar en este mundo" o "el sentido de la culpa, el del deber, se han ido a hacer puñetas. He pagado lo sufi-

ciente. Me siento liberado. Que excitación me ha producido ir a morirme, un subidón. Había pensado siempre en la muerte de un modo literario y ahora la pienso como un fenómeno accesible". Nunca había escrito ni pintado tanto. La creación le ofreció un baile, "una verbena estival", matiza.

Maestro de periodistas, autor de ensayos tan celebrados como "El planeta americano" o "El estilo del mundo", "Enseres domésticos", o la magnífica novela "No ficción" (Anagrama), poeta y autor de aforismos (acaba de publicar en Anagrama, Tazas de Caldo) y desde hace una década pintor, Verdú ahora compone con la muerte al alcance de las manos. La nombra en casi todas las respuestas, pero también en todas, invariablemente, escapa de la escritura a la pintura.

Su padre quería que fuese un abogado brillante. A los diez años le pedía que describiera un bigote, una pluma, una puerta...y se quedaba sorprendido de tanta precisión. "Mi padre fundamentó mi escritura en las cosas pequeñas, en el mundo de los objetos. Le gustaba Azorín. Aunque los periodistas le parecían lechuguinos y pobretones". Por eso fue un brillante estudiante de ingeniería sin vocación que se licenció finalmente en Economía y escapó a París: "no quería terminar como inspector de Hacienda". Estudió Sociología y Periodismo, "soñaba con la idea de tener un DNI donde, en la profesión, pusiera: escritor".



¿Escribe vestido o con ropa de casa?: "nunca escribo mal vestido". ¿Ha sentido alguna vez un bloqueo?: "He sentido ineptitud. La línea de escritura es una línea muy limpia, igual que cuando no sintonizas bien la radio. Te hace padecer. Cada día me digo: hoy no lo haré bien". ¿Quién lee sus originales?: "Me he quedado sin nadie. Siempre hay un ojo que te dice: 'no pongas esa metáfora, hombre', pero yo me he quedado sin él. Han ido muriendo, desapareciendo, desautorizándose...". ¿Escribe con luz de día?: "Es muy importante la luz, y esa sensación gimnástica, la pureza de la recepción de la palabra. Y tener emoción. Si no me siento emocionado, no tengo argumento. La idea nunca ha sido la principal conductora de una página, ha servido para estimular la emoción".

Crítico pertinaz con la ficción, apela a la realidad, y actualmente ahonda en los finales de trayecto: "Es una solicitud de la circunstancia. Hay momentos en que uno escribe por capricho, por alarde, pero esto era necesario. Sería igual que prescindir de una amante que te devora". No sublima la escritura, la entiende como un recurso, no como solución. Antes de responder hace largos silencios. Quiere releer a Yourcenar: la pureza, el acierto en cada palabra. Cita a Vallejo y a Salinas. Nunca ha querido parecerse a nadie. "Si no tienes estilo, no tienes alma". Hablamos del amor y de la muerte. Pero ¿Y la menta? "Es la juventud. Es estimulante y poética. Siempre le he tenido una simpatía a la menta muy grande".